



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10880

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 31 DE MARZO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,
obras públicas, agricultura
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-
tracción y desagües. Especialidad
en cables y cuerdas de abacá, acero
y hierro.

Vías, rails, wágonetas, picos,
martillos, azadas, legones, palas,
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, póleas, maudriles
y toda clase de maquinaria

ARBITRAJE

Dice una agencia telegráfica que
el Papa ha aceptado el arbitraje
entre los Estados Unidos y Es-
paña.

¿Arbitraje de qué? ¿Sobre la
voladura del crucero americano
cuyo siniestro amenaza la paz de
dos naciones?

No debe ser sobre ese punto,
porque para estudiar informes
técnicos, juzgarlos, compararlos,
discutirlos y dar dictamen, se ne-
cesitan conocimientos especiales.

¿Es acaso que se trata de pro-
bar quién tiene razón en la cues-
tión de Cuba? Pues este punto no
se debe pensar siquiera en discu-
tirlo.

En Cuba permanecen en armas
varios elementos rebeldes y Espa-
ña, soberana de aquella isla, trata
de reducirlos á la obediencia, por
la persuasión á los que atienden á
razones y por el castigo á los que
rechazan el perdón.

¿Tiene España derecho á obrar
de la manera mencionada? Que la
tiene es indiscutible, siendo como
es soberana de Cuba; y como
ese derecho no puede ponerse en
litigio, nada tiene que hacer en ese
punto el arbitraje.

¿De qué se quejan los Estados
Unidos? ¿Del importante daño que
causa á su comercio el estado de
guerra en que se encuentra Cuba?
Pues en su mano tienen el reme-
dio; desistan de enviar nuevas ex-
pediciones al campo de la lucha,
retiren de las proximidades de las
costas cubanas sus barcos y los
rebeldes, lastimados en sus espe-
ranzas de reconocimiento é inter-
vención, irán abandonando el cam-
po de pelea, sometiéndose al nue-
vo régimen que generosamente
ha concedido España á los cu-
banos.

La pretensión de los Estados
Unidos no puede ser más hipócrita.
Exijen la terminación de la
guerra y son ellos los que la sos-
tienen. Si el derecho de España
fuera materia susceptible de arbi-
traje, no podría pasar desapercibi-
da para el árbitro la desleal con-
ducta de la nación americana, sobre
la cual habría de lanzar tremenda
acusación.

LA CUESTION DEL "MAINE,"

Un jefe de nuestra Armada, ha reci-
bido de un importante departamento
marítimo del extranjero el siguiente in-
forme sobre la voladura del «Maine».
Lo creemos de interés y lo publicamos
á continuación:

«La cuestión es saber si la explosión
ha tenido lugar en el exterior ó en el
interior del buque. De la resolución de
esta cuestión depende la paz ó la guer-
ra entre dos grandes y poderosas na-
ciones.

Es escasamente necesario indicar que
se necesitaría un concurso de circuns-
tancias nunca oídas para que la explo-
sión hubiese tenido lugar en el exte-
rior. En efecto; la destrucción de un
buque por medio de un explosivo colo-
cado en el exterior, no puede tener lu-
gar más que si este explosivo es un
torpedo, y de 100 veces 99 no será la
explosión, propiamente dicha, del bu-
que la que se verificará.

En efecto; ¿cómo obra un torpedo?
Obra por medio de la masa de agua
instantáneamente dilatada por la ex-
pansión considerable de los gases que
buscan una salida, actuando como un
golpe terrible de martillo y es fácil de
concebir que si este martillo de agua
hiere al buque colocado cerca, el cho-
que podrá ser bastante violento para
entreabrir ó para romper el casco.

El buque se elevará, ciertamente, por
efecto de este choque, antes de irse á
pique; pero no resultará una «explo-
sión» en el sentido que el vulgo aplica
esta palabra.

Para que pueda haber la «posibili-
dad» de explosión por la ayuda de un
torpedo, sería necesario que este torpe-
do hubiese sido adosado, por ejemplo,
junto á un pañol de pólvora, bajo el
flanco del buque; la explosión del torpe-
do podría (?), en este caso, provocar
por contra-golpe, la del pañol de pólv-
vora y el buque «saltaría» como lo ha
hecho el «Maine». Pero esta suposición
es inverosímil y sería necesario que hu-
biese existido una fatalidad bien extra-
ña ó bien una falta absoluta de vigilan-
cia á bordo del «Maine» para que este
crucero pudiese haberse dejado volar
así por un torpedo casi en pleno día.

Es mucho más fácil explicarse la pér-
dida del referido buque, admitiendo la
suposición de que un cartucho de pólv-
vora ó una granada haya hecho explo-
sión espontáneamente en un pañol de
pólvora.

Con las nuevas pólvoras, tan fáciles
á la descomposición cuando la tempera-
tura es elevada, una explosión de este
género es posible, y es suficiente que,
el cartucho ó granada que ha explotado
estuviese encerrado en un recipiente
metálico, para que la explosión de to-
do el pañol sea provocada instantánea-
mente y que el buque «salte» realmente
en el aire» como lo ha hecho el «Mai-
ne».

Un accidente parecido estuvo cerca
de ocurrir en el acorazado «Amiral Du-
perré». Felizmente el pañol central es-
taba entre-abierto y el efecto de la ex-
plosión tuvo lugar al aire libre y no en
un pañol cerrado.

Es casi seguro que si la investiga-
ción de la explosión del «Maine» se
confiase á una comisión de arbitraje
compuesta de marinos de todas las na-
ciones, el resultado del arbitraje sería

que la explosión no ha podido tener
lugar más que en el interior del bu-
que.

GLOBIAS NACIONALES

Toma de Noyón (Francia.)
31 de Marzo de 1893.

Muerto Alejandro Farnesio cuando
estaba haciendo los preparativos para
llevar á efecto su tercera expedición
contra el rey de Francia Enrique IV,
en auxilio de los de la Liga, de comple-
tar los aprestos y de realizar los planes
de aquel gran militar de la epopéyica
guerra de Flandes, fué enaragado Car-
los de Mansfeld, sobrino de Pedro Er-
nesto de Mansfeld, sucesor de Farnesio
en el gobierno de Flandes.

Con 6000 infantes y 1000 caballos pe-
netró en Francia dicho jefe, siendo su
primer hecho ofensivo el bloqueo y to-
ma de Noyón, plaza importante por su
posición extratéctica. Establecido estre-
cho y apretado cerco, batióla con el
valor natural en quienes habían enca-
necido peleando en Flandes; pero ape-
sar de esto la guarnición se defendía
con desesperado arrojo, rechazando lo
mismo las acometidas que las distintas
intimaciones de rindición.

En la mañana del 30 de Marzo asal-
taron con feliz resultado uno de los re-
bellines, hecho que influyó poderosa-
mente en el ánimo de los defensores,
hasta el extremo de que al siguiente
día pidieron capitular, cuando se estaba
preparando la voladura de varias mi-
nas para destruir las fortificaciones y
abrir brechas.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

CRONICA MADRILEÑA

SUMARIO: Indiferentismo justifica-
do.—Continúa la tranquilidad.—El
patriotismo en el Real.—Una idea—
Llamamiento.

Si hubiera hecho un día primavera,
de esos que invitan al paseo por las
afueras, para tomar el sol y sanear los
pulmones con el oxígeno de los campos,
seguramente el pueblo de Madrid se

desborda el domingo por los alrede-
res de la capital y por sus paseos

La gente adinerada y las familias de
la clase media y de pacíficos miembros,
hubieran pasado la tarde en la Caste-
llana y en el Retiro; las modistillas y
los horteras, en la Bombilla y en los Vi-
veros; las domésticas y los soldados, en
la tradicional Fuente de la Teja y en
las Ventas del Espíritu Santo, y los
obreros, con sus familias, hubieran ale-
grado el Puente de Vallecas, los Cara-
banchales y los Cuatro Caminos

Pero el día estaba desapacible; En
vez de sol que calentara había un aire
guadarramaño que metía el frío hasta
los huesos, y unos se quedaron en sus
casitas y otros llenaron los teatros, los
bailes de salón, los cafés y las taber-
nas.

Ni uno solo de esos dichosos seres se
acordaban de que era día de «electo-
nes».

Solo los candidatos y la media docena
de hombres que en días de «electo-
nes» les rodean se preocupaban de lo
que en los colegios electorales ocurría.

Parecerá extraño que atravesando
en la actualidad una de las crisis más
graves que se pudieran tener, el pue-
blo, el verdadero pueblo, nuestro sea
indiferente tan grande hacia los que
han de representarle donde se votan
leyes y tienen resolución asuntos tras-
cendentísimos. Es extraño sí; pero tal
conducta esta muy justificada.

El pueblo sabe que nunca se haría su
voluntad, y deja á los gobernantes con-
seguir lo que á tuertas ó derechas con-
seguiría.

Encanta observar la gran presencia
de ánimo y la dulce tranquilidad que
hoy se nota en toda España.

Somos muy meridionales, es muy
cierto; pero como en la presente ocasión
sabemos, á que atenemos acerca de los
yankees, en lo que ocurre no vemos mo-
tivo de preocupaciones, y menos de
abandonar nuestro peculiar buen hu-
mor. Además, debido á nuestro caracte-
ter y á la confianza que en nosotros
mismos tenemos, es muy corriente que
nosiamos ante las fanfarronadas y
provocaciones del enemigo y que amoni-
cemos con canoines el estampido de la
artillería.

Dádnos la importancia que se mere-
cían, hemos sido sordos á las calumnias

CARLOS II EL HECHIZADO

654

¿Habeis sabido el resultado de sus expedicio-
nes?

—Sí, contestó Eguía pellizcándose los labios.

—Informadme al momento.

—¿Qué queréis que os diga? Tenemos en nuestra
época cinco héroes, cinco caballeros andantes...
cinco...

—¿Pero han conseguido su intento? Hablad, esto
es lo que deseo saber.

—Es claro.

La duquesa dió un salto tan violento que des-
compuso el magnífico artefacto de su peluca y de los
numerosos adornos que la componían.

—¡Ay! exclamó abanicándose.

—Cuidado, duquesa; cuidado; vuestros aderezos
de corte van á caer al suelo si seguís así. Respetad
la moda, y no ataqueis ese museo de preciosidades
que llevais en la cabeza.

—Me ha dado un mareo, caballero; todas las
complexiones no estan libres de un ataque ner-
vioso.

—Teneis razón, contestó Eguía; pero esos vapo-
res pueden disiparse con algun olor. ¿Queréis espe-
ncia?

—No, no, me voy tranquilizando. Las noticias

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 655

repentinas son fatales para las naturalezas delica-
das como la mia. En fin, vamos á nuestro asunto.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Cuándo han venido? preguntó la duquesa des-
pues de un momento de reflexión.

—Anoche llegaron los mas principales. Uno de
ellos está hace algunos días en la inquisición.

—¡Ojalá hubieran estado todos antes de marchar
á sus viajes, replicó la duquesa. ¿Y qué opinais?

—Opino muy mal, dijo Eguía.

—¿Para nosotros por supuesto?

—¿Quién lo duda?

La de Tarranova hizo otro movimiento que no
dejó de alarmar á su cómplice.

—Señora, respetad esos pobres papillotes que no
tienen culpa de los sucesos políticos, dijo Eguía
volviendo á señalar la erizada peluca de la dama.

—¡Oh! dejadme, Eguía; lo que nos pasa es muy
terrible.

—¿Qué queréis! murmuró el cortesano encogién-
dose de hombros.

—El duque nos va á hundir para siempre.

—No lo dudo.

—Ahora adquirirá doble prestigio en el ánimo del
rey; nuestros enemigos se arrojarán sobre nosotros
como perros hambrientos, y lo que es peor que se-

CARLOS II EL HECHIZADO

658

mutación. Si la conocieras como yo, dijo Carlos alu-
diendo á la marquesa, no pensarías así, pues es la
mujer mas severa del mundo.

—¡Oh! ¡oh! esto es una esperanza, dijo la duque-
sa; el rey no permitirá mi destitución.

—No os hagais ilusiones. Si bien es cierto que el
rey no tiene rencores en contra vuestra, ha prome-
tido vuestra separación.

—¿La ha prometido?

—Sí; no lo dudeis.

—¿Cuándo?

—Hace pocos días. La reina le pidió una gracia y
su esposo se aventuró á ofrecerla antes de saber de
qué clase era. Esta no era otra sino el que os refe-
gase á la quietud doméstica. Carlos se sorprendió;
hizo ver que el destino de casarse mayor no se
quitaba tan fácilmente, pero ya había caído en el
lazo.

—Vamos, me estais desesperando, Eguía.

—Os estoy pintando vuestro porvenir, duquesa.

—¿Pero será posible que admitan en mi pueblo á
esa intolerable marquesa de los Velaz?

—Acaso pueda mas la de Albuquerque.

—¿La de Albuquerque! Esa aborrece á los fran-
ceses, en tales términos, que cuando los ve
los ojos á otra parte. ¡Oh! yo se lo diré á la reina.